

por tanto, decirse que en la generación anterior á la Revolución, el obrero que trabajaba en la más importante de las manufacturas inglesas se consideraba muy bien pagado cuando recibía seis chelines semanales.

## LIII.

## TRABAJO DE LOS NIÑOS EN LAS FÁBRICAS.

No parecerá inoportuno mencionar aquí la costumbre de dedicar los niños, desde edad muy temprana,

sólo copiaré algunos versos. El maestro tejedor es quien habla

In former ages we used to give  
So that our workfolks like farmers did live;  
But the times are changed, we will make them know.

We will make them to work hard for sixpence a day  
Though a shilling they deserve if they had their just pay;  
If at all they murmur and say't is too small,  
We bid them choose whether they'll work at all;  
And thus we do gain all our wealth and estate,  
By many poor men that work early and late.  
Then, hey for the clothin trade! It goes on brave;  
We scorn for to toyl and moyl, nor yet to slave,  
Our workmen do work hard, but we live at ease,  
We go when we will, and we come when we please.

(Con lo que antes acostumbrábamos á pagar, vivían nuestros obreros como hacendados. Pero los tiempos han cambiado, y es preciso que lo tengan presente..... Les haremos trabajar como esclavos por seis peniques al día, aun cuando en justicia merezcan un chelin, y si acaso murmuran y dicen que es muy poco, les diremos que elijan entre hacerlo ó marcharse. De este modo con el trabajo de muchos infelices nos haremos ricos y poderosos. Viva, pues, el comercio de paños, ya que tan bien nos va con él. No tenemos que trabajar ni hacer nada, ni siquiera estar sujetos. Mientras nuestros obreros trabajan día y noche, vivimos á nuestro gusto: cuando queremos salimos, y volvemos cuando nos place).

al trabajo práctico, que el Estado, legítimo protector de todos los que no pueden protegerse á sí mismos, obrando sabia y humanitariamente ha prohibido en nuestros días. En el siglo XVII, sin embargo, había prevalecido de tal modo, que comparado con el desenvolvimiento de las manufacturas en aquella época, parece casi increíble. En Norwich, emporio entonces del comercio de tejidos, una pobre criatura de seis años era ya considerada bastante fuerte para el trabajo. Muchos escritores de aquel tiempo, algunos de los cuales gozaban fama de benévolos, mencionan con orgullo el hecho de que sólo en aquella ciudad, niños de ambos sexos que apenas llegaban á seis años creaban anualmente una riqueza que excedía á lo necesario á su subsistencia en doce mil libras esterlinas (1). Cuanto más ahondamos en el conocimiento de la historia del pasado, más razones hallamos para disentir de los que creen que nuestro siglo ha sido fértil en nuevos males sociales. Lo cierto es que, con muy contadas excepciones, los males son viejos; lo que es nuevo es la inteligencia que los descubre y la humanidad que atiende á remediarlos.

(1) Chamberlayne's, *State of England*; Petty's *Political Arithmetic*, cap. VIII; Dunning's, *Plain and easy Method*; Firmin's, *Proposition for the employing of the Poor*. Debe tenerse en cuenta que Firmin era eminente filántropo.

## LIV.

## SALARIOS DE DIFERENTES CLASES DE ARTESANOS.

Si pasamos de los tejedores de paños á otros oficios, nuestras investigaciones nos llevan casi á deducir idénticas conclusiones. Por espacio de varias generaciones, los administradores del hospital de Greenwich llevaban un registro de los salarios pagados á las diferentes clases de artesanos que habían trabajado en las reparaciones del edificio. Gracias á este precioso monumento, sabemos que en el curso de ciento veinte años los jornales de los albañiles habían aumentado desde dos chelines y medio hasta cuatro y diez peniques; los de los canteros desde dos chelines y medio hasta cinco y tres peniques; los de los carpinteros desde dos chelines y medio también hasta cinco y cinco peniques; y los de los plomeros desde tres chelines hasta cinco y seis peniques.

Claramente se ve, por tanto, que el precio de los salarios en 1685 no pasaba de la mitad del precio actual, á lo cual hay que añadir que había pocos artículos de los que más consume la gente trabajadora cuyo precio no pasaba entonces de la mitad del que actualmente tienen. La cerveza era á no dudar mucho más barata que al presente. La carne era también más barata, pero así y todo era tan alto su precio que había cientos de millares de familias que apenas la habían probado (1). En el precio del trigo ~~se~~ habido muy poca

(1) King en sus *Natural and Political Conclusions* calcula en

alteración, y el precio medio del cuartal en los doce últimos años del reinado de Carlos II era de cincuenta chelines, de modo que el pan que hoy se reparte en los asilos de mendicidad se veía entonces muy rara vez aun en la mesa del pequeño propietario ó del humilde tendero. La gran mayoría de la nación se alimentaba casi por completo de harina de centeno, cebada y avena.

Las producciones de los países tropicales, de las minas y de las fabricaciones eran positivamente mucho más caras que en nuestros días. Entre los productos que el labrador tendría que pagar más caros en 1685 que su posteridad en 1848, figuran el azúcar, la sal, el carbón, las bujías, el jabón, el calzado, las medias, y en general toda clase de ropas así de vestir como de cama. Puede aún añadirse que las antiguas casacas y mantas serían no sólo más costosas sino también menos resistentes que las que modernamente se fabrican.

## LV.

## LOS POBRES.

Los labradores que podían con su trabajo atender á su subsistencia y á la de sus familias, no figuraban entre los individuos más necesitados de la sociedad. Había, en situación bastante peor que la suya, una

---

880.000 familias las que componían la clase del pueblo en Inglaterra. De éstas, 440.000, según él, comían carne dos veces á la semana, y las 440.000 restantes no la probaban nunca, ó cuando más no pasaba de una vez á la semana.

clase muy numerosa que no hubiera podido subsistir á no contar con la ayuda de la caridad pública. Apenas podrá hallarse nada que indique más claramente el estado de un pueblo, que la proporción que guarda el número de pobres con el total de habitantes que lo constituyen. El número de hombres, mujeres y niños que actualmente reciben socorros, según los documentos oficiales, llega en los años malos á una décima parte de los habitantes de Inglaterra, y en los buenos no pasa de un décimotercio. Pues bien: según el cálculo de Gregorio King, el número de pobres en su tiempo era un quinto de la población total, y este cálculo que todo el respeto que su autoridad nos inspira no podría impedirnos calificar de exagerado, era á juicio de Davenant eminentemente probable.

No carecemos por completo de los medios necesarios para hacer el cálculo por nosotros mismos. El impuesto de los pobres era indudablemente la más pesada carga para nuestros antepasados. Calculábase en el reinado de Carlos II en unas setecientas mil libras esterlinas anuales, cantidad mucho mayor que el impuesto de consumos ó los derechos de aduana, y muy poco inferior á la mitad de todas las rentas de la Corona. Este impuesto fué aumentando rápidamente, llegando en muy poco tiempo á estar entre ochocientas y novecientas mil libras anuales, es decir, la sexta parte de lo que importa actualmente. La población era entonces menor que un tercio de la actual; el mínimum de los salarios, calculados en dinero, era la mitad de lo que es actualmente; de modo que apenas podemos suponer que el socorro que se asignaba á cada pobre pasase de la mitad de lo que se da en nuestros días. De esto parece deducirse que el número de Ingleses que recibían socorros de sus respectivos distritos debe haber sido entonces mucho mayor

que al presente. Sin embargo, conviene proceder en tales cuestiones con desconfianza; pero aun no se ha probado nunca que el pauperismo fuese carga menos pesada ó mal social de menor importancia en los últimos veinte años del siglo xvii que en nuestro tiempo (1).

No puede negarse que el progreso de la civilización ha suprimido una de las más valiosas ayudas de la clase pobre. Ya se ha mencionado que, antes de la Revolución, muchos miles de millas cuadradas que ahora están cultivadas y cercadas, eran selvas, pantanos y yermos. Gran parte de toda esta tierra sin cultivar era, según la ley, común; y el resto valía tan poco que los propietarios la abandonaban también al público. Esto, como se comprende, hacía que en aquel tiempo se apoderasen muchos de tierras que no les pertenecían, tolerándose estas apropiaciones de un modo completamente desconocido en nuestros días. El aldeano podía á muy poca ó ninguna costa hallar medio, si la ocasión se le ofrecía, de mejorar su triste estado, ya proveyéndose de leña para el invierno, ó

(1) *Fourteenth Report of the Poor Law Commissioners*, apéndice B, núm. 2, apéndice C. núm. 1, 1848. De los dos cálculos relativos al número de pobres que se mencionan en el texto, el uno fué hecho por Arturo Moore, y el otro, algunos años después, por Ricardo Dunning. El cálculo de Moore puede verse en Davenant, *Essay on Ways and Means*, y el de Dunning en la notable obra, sobre el pauperismo, de Sir Federico Eden. King y Davenant hacen ascender el número de pobres y mendigos en 1696 al increíble número de 1.330.000 en una población de 5.500.000 almas. En 1846 el número de personas que recibían socorros parece, según los documentos oficiales, no haber excedido de 1.332.023, siendo la población de 17.000.000. No debe olvidarse que en las listas oficiales se encuentra á menudo el mismo pobre repetido varias veces. También puede el lector consultar con fruto el folleto de De Foe, *Giving Alms no Charity*, y las tablas de Greenwich que en el artículo titulado «Precios» trae McCulloch en su *Commercial Dictionary*.

teniendo una manada de gansos en lo que es hoy un rico huerto, ya tendiendo las redes para cazar aves silvestres en el mismo sitio que mucho después se dividía y convertía en campos de trigo y de nabos. Podía libremente cortar la hierba entre las ásperas malezas del pantano que hoy, convertido en pradera artificial que esmalta fino césped, da nombre á la comarca por la manteca y por los quesos. El progreso de la agricultura y el aumento de población le han privado necesariamente de todos estos beneficios. Pero contra esta desventaja puede presentarse una larga lista de beneficios, pues de los que la civilización y la filosofía traen consigo, una gran parte es común á todas las clases, y se echaría de menos, si llegara á desaparecer, lo mismo por el labrador que por el aristócrata. Hace ciento sesenta años empleaba el campesino un día entero en llegar á la plaza del mercado, á donde su carro le conduce actualmente en una hora. La calle que durante toda la noche ofrece al artesano paseo seguro, agradable y espléndidamente alumbrado, hace ciento sesenta años quedaba tan oscura á la puesta del sol que apenas si se distinguían los dedos de la mano; el pavimento era tal, que se hallaba en constante riesgo de romperse la cabeza, y tan descuidada la vigilancia de la autoridad que corría eminente peligro de ser apaleado y despojado de sus pobres ahorros. El albañil que ahora cae de un andamio, el barrendero público á quien atropella un carruaje, encuentran hoy quien cure sus heridas y componga sus destrozados miembros con una habilidad que hace ciento sesenta años todas las riquezas de un gran lord como Ormond ó de un príncipe del comercio como Clayton no hubieran podido comprar. Algunas enfermedades han desaparecido merced á los esfuerzos de la ciencia, y otras han

sido desterradas por la policía sanitaria. La duración media de la vida humana ha aumentado en todo el reino, y especialmente en las ciudades. El año 1685 no era contado como de los peores, y sin embargo, murieron más de uno par cada veintitres habitantes en la capital (1). Actualmente la mortalidad es de uno por cada cuarenta anualmente. La diferencia de salubridad, entre el Londres del siglo XIX y el del siglo XVII, es mucho mayor que la diferencia del Londres en circunstancias ordinarias ó azotado por el cólera.

Más importante es aún el beneficio que todas las clases de la sociedad, y especialmente las más humildes, deben á la benéfica influencia de la civilización en nuestro carácter nacional. Ciertamente que en el fondo ha permanecido el mismo por espacio de muchas generaciones, en el sentido en que podría decirse que el carácter de un individuo es el mismo cuando irreflexivo y turbulento estudiante que mucho después, cuando, ya hombre, ha terminado completamente su desarrollo. Con verdadero placer notamos que el carácter del pueblo inglés se ha dulcificado á medida que avanzaba en su desarrollo, y que en el trascurso de algunos siglos nuestro pueblo es no sólo más culto sino también más humano. Apenas se hallaría una página de la historia ó de la literatura ligera del siglo XVII que no contuviese alguna prueba de que nuestros antepasados eran más crueles que su posteridad. La disciplina de los talleres, de las escuelas, de las familias, sin ser más eficaz, era infinitamente más rigurosa que al presente. Personas bien nacidas y de buena educación acostumbraban á pe-

(1) El número de defunciones aquel año llegó á 23.222. Petty, *Political Arithmetic*.

gar á sus criados. Los pedagogos no conocían medio más eficaz de transmitir los conocimientos á los alumnos que el palo. Maridos de buena posición no se avergonzaban de pegar á sus mujeres. El odio de las hostiles facciones era tal, que apenas podemos concebirlo. Los whigs estaban siempre dispuestos á murmurar porque Stafford había sido ejecutado sin que antes viese con sus propios ojos arder sus entrañas. Los tories habían insultado á Russell cuando iba de la Torre en la carreta á ser ejecutado en Lincol's Inn Fields (1). Igual crueldad mostraba el pueblo á víctimas de rango más humilde. Si un criminal era puesto en la picota, podía dar gracias á Dios con tal de escapar con vida de la lluvia de ladrillos y piedras que de todas partes caía sobre él (2). Si lo ataban á la carreta del verdugo para ser azotado, la multitud se apiñaba á su alrededor implorando al verdugo que le azotase sin piedad, para divertirse con sus gestos (3). Se arreglaban partidas de placer, entre gente de rango, para ir á Bride Well los días que se reunía el Tribunal, sólo con el propósito de ver azotar las infelices mujeres que baten allí el cáñamo (4). Un hombre condenado á muerte; una mujer quemada viva por monedera falsa, no excitaban tanta lástima como en nuestros días un caballo lastimado ó un buey agobiado por la excesiva carga. Luchas en cuya comparación los modernos combates de boxeadores parecerían espectáculo humano y refinado, figuraban entre las diversiones favoritas de una gran parte de la ciudad. Se reunía la multitud á ver las luchas de gladiadores

(1) Burnet, 1, 560.

(2) Muggleton's, *Acts of the Witnesses of the Spirit*.

(3) Tom Brown describe una de estas escenas en términos que no me atrevo á copiar.

(4) Ward's, *London Spy*.

que con armas mortales se hacían pedazos, y aplaudía con entusiasmo cuando uno de los combatientes perdía un dedo ó un ojo. Las cárceles eran infierno en la tierra, escuela de crímenes y semillero de enfermedades. Cuando el reo, flaco y amarillo, era sacado de su calabozo y conducido ante el Tribunal, llevaba consigo tan pestilente atmósfera, que con frecuencia le vengaba de los jueces, de los jurados y aun del público. Todas estas miserias eran consideradas por la sociedad con la más completa indiferencia. Inútil fuera buscar la sensible é infatigable compasión que en nuestros días ha tendido su protectora mano al niño de las fábricas, á la viuda india y al negro esclavo; que examina las provisiones y las barricas de agua de los buques de emigrantes; que se estremece al sentir el ruido del látigo en las espaldas del soldado borracho; que no permitiría que el ladrón encerrado en un presidio careciese del necesario alimento, ó sufriese por el exceso de trabajo; y que repetidas veces ha intentado salvar la vida del asesino. Cierta que la compasión, como todos los sentimientos, debe estar sometida al gobierno de la razón, y que por falta de esto ha conducido á veces á extremos ridículos y deplorables. Pero cuanto más estudiemos los anales del pasado, más nos regocijaremos de vivir en una edad de gracia, en una época en que la crueldad se mira con horror, y en que el castigo, aun siendo merecido, se impone con repugnancia y obedeciendo sólo al cumplimiento de un deber. Todas las clases han ganado indudablemente con este gran cambio moral, pero la clase que ha ganado más es la más pobre, la más dependiente y la más indefensa.

## LVI.

## ILUSIÓN QUE CONDUCE Á EXAGERAR LA FELICIDAD DE LAS GENERACIONES PRECEDENTES.

El efecto general de lo que con toda evidencia se ha sometido al juicio del lector, apenas parece admitir duda; y sin embargo, aun con toda esta evidencia, muchos habrá que imaginen que la Inglaterra de los Estuardos era un país más agradable y encantador que la Inglaterra en que vivimos. Puede parecer extraño á primera vista que la sociedad, al mismo tiempo que adelanta con rapidez creciente, vuelva los ojos al pasado con melancólico pesar. Pero ambas inclinaciones, aunque contradictorias al parecer, pueden fácilmente unirse y armonizarse en el mismo principio, pues ambas nacen y se originan en la impaciencia que el descontento de la vida actual produce en nosotros. Esta impaciencia, al mismo tiempo que nos sirve de estímulo para adelantar á las generaciones precedentes, nos hace apreciar en más de lo que realmente vale su felicidad. Es en cierto modo ingratitud y falta de razón, por parte nuestra, estar siempre descontentos de una condición que constantemente mejora y adelanta. Pero en realidad, si el progreso es constante, débese simplemente á que el descontento también lo es. Si estuviéramos plenamente satisfechos del presente, claro es que cesaríamos de luchar, de trabajar y de mirar á lo futuro, así como es muy natural que si no estamos contentos del presente, formemos juicio excesivamente favorable del pasado.

En realidad, somos en esto víctimas de decepción semejante á la que extravía al viajero en los desiertos de la Arabia. Alrededor de la caravana todo es árido y seco; pero allá en lontananza, lo mismo mirando hacia adelante que hacia atrás, se descubre la fresca perspectiva de las aguas. Los peregrinos apresuran el paso, y encuentran sólo arena donde una hora antes habían visto un lago. Vuelven entonces los ojos atrás, y ven un fresco lago donde una hora antes caminaban trabajosamente por la abrasada arena. Ilusión semejante parece alucinar á las naciones en las distintas etapas del largo viaje que de la pobreza y la barbarie las conduce al más alto grado de civilización y opulencia. Pero si resueltamente seguimos el miraje hacia atrás, le veremos retroceder ante nosotros y refugiarse en las regiones de la fabulosa antigüedad. Y así vemos que está ahora en moda poner la edad de oro de Inglaterra en aquellos tiempos en que los nobles carecían de comodidades, cuya falta se haría intolerable á cualquier criado de nuestro tiempo; cuando propietarios y comerciantes almorzaban con un pan cuya sola vista bastaría á promover un tumulto en un moderno asilo de mendicidad; cuando moría más gente en las regiones del campo donde el aire es más puro, que en las más sucias é infectas callejuelas de nuestras ciudades, y cuando en las callejuelas de las ciudades era mayor la mortandad que hoy en la costa de Guayana. También á nuestra vez seremos aventajados y envidiados, y muy bien puede ser que en el siglo xx el aldeano del condado de Dorset se considere miserablemente pagado con quince chelines semanales; que el carpintero de Greenwich gane diez chelines diarios; que la clase trabajadora extrañe tanto el pasar sin carne á la comida como hoy extrañaría el tener que comer pan de centeno;